

HABÍA UNA VEZ UNA MONTAÑA DONDE LA VIDA ERA SENCILLA Y MÁGICA

Texto: Adriana Puéntes

Ilustraciones: Victoria Herbas con la colaboración de
Adriana Puéntes y Nina Reyes

Índice

En bici todas las mañanas	5
Collares de fríjol	6
Jugar al fin del mundo	12
La gallina de los huevos de oro	14
La trenza mágica	17
Abono	20
Epílogo	24
Glosario	25





En bici todas las mañanas

-Vaaaamos tardeeee, grita mamá.

Ella grita todas las mañanas que vamos tarde y se queja porque no nos importa llegar después de las 7 a la escuela. A mí sí me importa, pero quiero jugar un ratico más y el tiempo pasa corriendo con mucho afán.

Hoy el chocolate está muy caliente. Mamá lo enfriá pasándolo de un pocillo a otro, tratando de no regar, aunque igual riega. Cuando está listo, me lo tomo casi sin respirar y me quedan bigoticos achocolatados en la boca. Mientras mamá intenta enfriar mi chocolate, papá cuenta una historia de cuando era niño. Su papá lo llevaba hasta la ruta del colegio, pero tenía que madrugar tanto que al salir de casa todavía era de noche. Lo cuenta con el ánimo de que nos apuremos, porque vivimos muy cerca a la escuela y no nos toca como a él, pero en cambio todos nos reímos por su cara de estar temblando de frío y cuando nos damos cuenta, vaaaaamosss taaaarde, grita mamá, y todavía no nos hemos cepillado los dientes.

Al fin estamos fuera de casa. Me subo en mi bicicleta y vuelo como un pájaro sobre la montaña que baja directo a la escuela. Me imagino que, si cierro los ojos y abro los brazos, en serio vuelo. El Tiempo, que suele meterse en los relojes y adelantarlos, se detiene a esperarme, para que yo viaje un rato por las nubes, mire a todos desde arriba tan pequeñitos, y luego, baje como un halcón que quiere cazar una lagartija.

Mi mamá viene en su propia bicicleta a mi lado y mi papá va con mi hermano haciendo lo mismo. Si hay subidas, la idea es que los grandes puedan sostener su propia bici con una mano y con la otra nos ayuden, empujándonos desde la espalda. Pero a mamá le falta práctica y nos toca bajarnos y caminar.

Todos los días llegamos un poquito tarde, un poquito bien. Hoy no es la excepción. Guardamos las bicicletas antes de entrar a clase. En mi escuela solo hay un salón, donde la profe Alba nos enseña a toda la primaria y prescolar a la vez. Mi hermano que es de los más pequeños, se siente muy tranquilo porque no está solo. Yo lo acompaño y juego con él y si llora, me siento a su lado, así seamos de diferentes cursos.

Tenemos un pasamanos, dos columpios, una montaña y una cancha de básquet y fútbol, así que la pasamos bien, a menos de que llueva y todo se inunde. Tengo muchos amigos y amigas y, a veces, cuando tengo pereza de ir, me acuerdo de que vamos en bicicleta y sonrío. Somos los únicos niños de la vereda que vamos en bici y me siento muy orgullosa, porque a mis siete años sé montar mejor que las niñas mayores.

Collares de Fríjol

Hoy es viernes, hace sol, las onces que me envió mamá estaban deliciosas y también la merienda que nos dan en la escuela. Y para completar mi día perfecto, acabo de escuchar a la profe de artística saludando a la profe Alba, en la cancha de básquet.

Mientras entran, me quedo con Danna, mi mejor amiga, en el pupitre que compartimos las dos. En la mesa, están los fríjoles que nos encargaron. La profe de artística nos pidió que trajéramos distintos tipos de semillas de fríjol y yo conseguí unos hermosos de mi propia huerta. En mi familia hemos intentado muchas huertas, aunque casi todas han fracasado. Es que nosotros no sabíamos cómo hacerlo bien, o sí sabíamos y teníamos la intención de hacerlo, pero también dos mil ocupaciones adicionales, que nos hicieron olvidar nuestro propósito. A pesar del olvido, muchas semillas y plántulas prosperaron solas, porque aquí la tierra es muy buena dicen todos, pero otras murieron en el intento. Los fríjoles, por ejemplo, fueron nuestra mejor cosecha. Aunque, de no ser por la ayuda de Don Moisés, el abuelo de Nico, los pobres estarían arrastrándose por el piso como una hierba miserable.

El fin de semana, papá y yo cosechamos, y aunque siempre pensé que todos los fríjoles eran rojos, estos eran cremosos con manchas terracota. Recogimos muchas vainas, pero otras quedaron colgando de la planta que es más parecida a un ser de muchos brazos que se enrollan y sostienen como una araña con patas de pulpo. Don Moisés dijo que esos fríjoles nos darían comida todo el año. Y lo mejor, además de hermosos, son deliciosos, cuando los preparamos sabían un poco a tocina, aunque mamá juró no haber usado.

Danna tiene fríjoles rojo oscuro y rosados con líneas, que he visto antes en el mercado. María José, trajo fríjoles cabecita negra que son más pequeños, blancos y con una boca que les rodea el ombligo, como un mimo con los labios en O. Mi hermano, que dice que no le gustan los fríjoles, pero siempre se los come escondidos en la comida, tiene los mismos míos y unos chiquitines de color morado, que metió en una bolsa para no perderlos.

La profe de artística nos saluda con una sonrisa y saca un collar de cuentas hecho de semillas. Nos explica que los fríjoles fueron usados por nuestros antepasados indígenas como alimento y también como ornamento. Ornamento quiere decir, decoración, adorno que hace más bella a una persona, cosa o lugar, explica, cuando ve que todos tenemos cara de pregunta.

Para la actividad nos pide que compartamos nuestros fríjoles, y que hagamos una mezcla de colores, tamaños y formas que nos guste. La idea es hacer un collar o una pulsera para la mano o el pie. Además, nos comparte algunas de sus semillas, que son de fríjol naranja y negros con manchas blancas.

Todas las semillas son piedras preciosas.



Para hacer el collar, los frijoles tienen que estar secos. Las semillas que estén verdes, las vamos a germinar, para hacer otra actividad artística. Aunque en ese caso, el arte lo hará la planta, en el espacio de la huerta.

Me quedo pensando cómo es el arte que hace la planta. Imagino que las flores de cada frijol serán de colores distintos y se verán como los banderines de una feria para los abejorros, las abejas, las moscas y demás bichos voladores del barrio. Será una obra azucarada, con pétalos fucsia, violeta, amarillo y resortes verdes en cantidad. Al final, tendrá vainas verdes y cafés que guardarán nuevas semillas, para más siembras y más ferias de dulce. Pero... no es solo de frijoles, cuando miro la huerta, es un cuadro de colores vivos en medio del potrero. Tiene fresas, acelgas amarillas y moradas, rúgulas, papas que está empezando a florear, tallos de apio y ruibarbo (que son como hermanos, uno dulce ácido y el otro ácido ácido), yerbabuena, caléndula, manzanilla y menta chocolate. Cuando la sembramos fue una fiesta de verdad, hasta nuestras familias participaron. Abonamos con ceniza y humus y le pusimos cobertura de pasto seco y aunque, algunos campesinos pensaban incrédulos que se la iban a comer las plagas, nos ha ido bastante bien.

Para espantar indeseables, hicimos una mezcla de ajo ají, que rociamos en sus hojas y la tierra, además para eso hicimos la barrera de plantas aromáticas. Me pregunto, si podríamos tener una huerta grande como esas que hacen los tractores, y que son fumigadas varias veces por señores que pasan con un spray, pero amorosa con el suelo





y la tierra, como la de nuestra escuela. Y por supuesto, llena de variedades.

Reviso las semillas en la mesa. Todas son hermosas, sobre todo cuando están juntas.

La profe nos pide a los grupos que perforemos las semillas con un taladro pequeñito, con una broca del ancho de una aguja, para que por ahí entre el hilo que las unirá. Será que después de que hagamos ese huequito, la semilla podrá nacer de todas formas. Y si nace, ¿las hojas estarán agujereadas?

Perforar las semillas es súper difícil, hay que tener precisión y buen pulso. La profe pasa por los grupos, se sienta y les muestra cómo lo hace para no dañar los frijoles. Cuando nos toca el turno, ella nos cuenta que hasta hace poco, las campesinas cultivaban semillas aborigenes de frijol y las llamaban de muchas formas, según la variedad de la semilla, su forma y su historia. Algunos nombres son Pinche, Chocho, Carenal, Bachué, Lima, Liborino, Maicero, Mortiño, Palicero, Petaco, Rochela y Riñón.

A cada nombre que ella dice, nos morimos de risa. Parecen los personajes de un cuento muy raro.

“Lima y su hermano Liborino, vivían junto a su amigo Maicero, que era nieto del señor Riñón, un abuelo que sabía cómo filtrar las aguas y purificarlas. La catástrofe vino cuando Rochela y Petaco, engañaron a Pinche que sin saberlo envenenó a Riñón con el líquido que le dio Bachué y que traía desde la casa de Mortiño”

Ella también se ríe, pero luego dice que es triste saber que las semillas puedan perder su historia, y que las campesinas que antes las cultivaban, ya no existan y su conocimiento tampoco. –Es como si a ustedes les quitaran sus nombres, sus familias, sus casas, y les convirtieran en una misma persona, con la misma cara, y la misma personalidad de robots hechos todos iguales.

Danna y yo hacemos cara aterrorizada y mi hermano, abre la boca como si se le hubiera desprendido la mandíbula.

Miro las semillas sobre la mesa y me pregunto cuántas aventuras habrán pasado, si son antiguas o si perdieron la memoria de sus territorios. ¿Será que las semillas reconocen las manos que las cultivan, como los recién nacidos reconocen el sonido de la voz de sus madres porque tienen el recuerdo desde la panza, así no las puedan ver?

Sin que nadie me vea, guardo un puñado de semillas en mi bolsillo. Quiero que me conozcan y conocerlas, sembrarlas, comerlas y guardarlas para compartir sus regalos con las demás personas.

Termino mi collar. Quisiera tener un espejo en la escuela, para revisar cómo me queda. Pero en los baños de la escuela, no hay espejos.

Pinche, Chicho, Cardenal,
Baúché, Lima, Liborino,
Maicero, Martín, Políero,
Petaco, Rochela, Ríñón



Jugar al fin del mundo

Cuando salimos al descanso, jugamos a que todos somos la misma persona, como si nos quitaran nuestra identidad y familia. Igual que a los fríjoles. Es un juego muy raro, porque todos somos iguales, no hay buenos ni malos y nadie tiene que correr. Solos nos miramos las caras con expresión seria y un poco terrorífica, mientras caminamos como robots. Al rato nos aburrimos, como seguro también se aburren los fríjoles entre una bolsa de supermercado, y decidimos jugar policías y ladrones que, en cambio, es pura emoción.

Danna y yo somos ladronas y corremos todo el descanso para que Samuel no nos atrape. Hacemos dos vueltas a la cancha y salimos invictas, pero cuando estamos a punto de terminar, Samuel me agarra por sorpresa para llevarme a la cárcel y yo, en el forcejeo, reviento mi collar de frijoles.

Las cuentas caen al piso, y se me salen las lágrimas casi al mismo tiempo. Una lágrima por cada semilla de mi collar. Samuel se da cuenta y me pide disculpas como mil veces, pero yo sigo callada recogiendo las pepitas y metiéndolas en el bolsillo de mi jardinera. En el otro bolsillo, para que no se mezclen con mis semillas secretas.

Cuando mamá llega, la abrazo y entonces se me salen todas las lágrimas como un aguacero. El aguacero del fin del mundo, con monstruos todos iguales, sin identidad, ni historia, ni tierra o familia. Sin nada.



La gallina de los huevos de oro

Para que me sienta mejor, mamá nos dice que esa tarde iremos donde nuestro amigo Gustavo. Sacamos las bicis de su parqueadero improvisado en la escuela y vamos a su casa. Aún no supero esto del collar roto, pero compraremos un hilo de regreso, para volverlo a tejer y eso me tranquiliza. Lo bueno de que se haya dañado, es que no solo puedo repararlo, sino hacer una mezcla nueva o darle otra forma. Papá dice que se aprende un montón reparando objetos. Y que hacerlo puede servir para crear cosas nuevas.

El viento de la tarde, la velocidad en la bicicleta y el señor de las empanadas, también me ayudan a olvidar mis penas.

Gustavo es un campesino de la vereda que nació en la misma casa azul donde vive hoy en día. Yo lo aclaro porque me parece muy curioso, aunque aquí es común. Antes de llegar al campo, vivíamos en la ciudad, y allá nunca conocimos a nadie que en su adultez viviera en la casa de su nacimiento. Es como una semilla que se reproduce y aunque el viento intenta llevarse su descendencia lejos a aventurar, sus hijas nacen ahí mismo. Debajo de las enaguas de la mamá. No sé si esto será bueno o malo o un poco de las dos, pero supongo que así es más fácil verse, cuidar de los otros o acompañarse las tardes de domingo, cuando el Tiempo está aburrido y se mueve con piernas de gelatina (y, obviamente, no hay nada bueno en la tele).

Nos hicimos amigos con Gus porque ocasionalmente nos vendía huevos. Además, solíamos caminar con él y su hermana Nancy, por las montañas que respaldan nuestras casas y que ellos conocen muy bien. Una vez subimos hasta un páramo donde recogían papa cuando eran niños. Desde la cima de la montaña, vimos un rancho vacío y los cultivos de papa que aún siguen. A pesar de ser páramo ya no tiene frailejones. Nancy nos contó, que cuando subía de niña había muchos y ellos jugaban a quemarlos. ¿Por qué? Tal vez veían a los adultos hacerlo. Limpiar la tierra para sembrar, haciendo quemas. Nancy dijo que estaba mal, pero entonces había tantos que era un juego más.

Doña Etelvina, la abuelita de Sofi, que nació en esta montaña y parece una guardiana del bosque llena de arrugas y raíces en los pies, dijo que los frailejones protegen el agua y pueden tardar más de cien años en tener una altura como la mía. Además, dijo que los páramos son paisajes muy raros en el mundo, y casi todos están en Colombia. Por eso es horrible cuando destruimos la Tierra, con la idea de que es inútil, como quemar frailejones, quitarles la identidad a las semillas o fumigar los cultivos hasta destruir la tierra y todas las abejas. ¿Acaso no saben que la Naturaleza también siente? ¿Y si matamos la vida, nos matamos a nosotros mismos?

Cuando llegamos, Gustavo y mamá se sientan a charlar en la mesa, mientras mi hermano y yo tratamos de seguirle el rastro a una araña que se esconde tras el sofá.

La comida está muy cara. El negocio ya no es rentable. Lo que saco de la venta de los huevos no me alcanza para comprar la comida de las gallinas. Desde la pandemia, los precios están subiendo peor.

Gustavo quería vender sus gallinas, pero mamá decidió ayudar a cambiarles la alimentación. Ella no sabe mucho del tema, pero su intuición le dijo "Algo se podrá hacer". Su intuición tampoco sabe, pero cuando decidimos adoptar cachorros para tener en la casa, papá hizo un curso de alimentación para los perros que no comieran concentrado. La gran receta era comer comida real. Es decir, carne, hueso, vísceras y vegetales. Todo crudo y sin cocinar. Parece muy obvio, pero papá dice que hemos olvidado cómo era el mundo antes de los concentrados. Ahora, alimentar a los perros con alimentos de estos parece una excentricidad.

Entonces mamá aplicó el mismo principio, leyó un poco y recordó la canción de los pollitos que en su final dice "Bajo sus dos alas, acurrucaditos, duermen los pollitos, hasta el otro día. Cuando se levantan dicen mamacita, tengo mucha hambre, dame lombricitas".

Y decidió hacer un cultivo de lombrices, para alimentar a las gallinas.

Desde una distancia prudente, mi hermano y yo, miramos como un indefenso cucarrón cae en la trampa de la araña. No es su culpa, antes lo hemos obligado a coger el camino que va directo al mundo detrás del sofá. El cucarrón apenas tocó la tela pegajosa, cuando la araña lo embistió y envolvió con sus hilos muy ágilmente. No le dio oportunidad de escapar, ni de forcejear. Usó todas sus patas que tejen y a la vez producen el hilo pegajoso. Es increíble. Si tuviera hilo de araña, que es flexible y muy resistente, podría tejer muchos collares invencibles.

Después de ver la muerte del cucarrón, salimos al gallinero. En una esquina tenemos las lombrices, que crecen por miles entre un montón de boñiga y melaza que les damos para que pongan muchos huevos y se pongan gordas y largas. Agarro un puñado de caca y lombrices. Algunas se escurren entre mis dedos y me hacen cosquillas. Se mueven como bailarinas sin esqueleto.

Mamá me pide que saque un poco para las gallinas. Hago una mezcla con cáscaras de papa y semillas de quinoa, que recogimos de una huerta vecina. Hubo tal abundancia, que alcanzó para compartir un poco con otros animales.

Las gallinas comen todo, pero aún no hacen la transición total a esta comida. Mamá dice que ella cree que sí lo lograrán y Gus la mira incrédulo, pero al final también sonríe. De lo único que está seguro, es que el concentrado es, cada vez, más difícil de pagar.

Normalmente vamos a visitar a Gustavo cada día de por medio. Mi hermano y yo jugamos a trepar el Pino gigante, donde duermen las gallinas. El Pino está lleno de popó, si... caca de gallina que vuela por los aires y cae en una rama, mientras ellas duermen. ¿Será que las gallinas saben que hacen caca dormidas? ¿Y se sorprenden



igual que nosotros, al ver el Pino tan sucio? ¿O esta será su caca de cuando están despiertas, porque a ellas no les importa hacerse en el mismo lugar donde duermen? Algunos animales en serio son raros. Además, qué pensará el Pino, ¿se aguantará las molestias con tal de estar acompañado? Para nosotros, el reto es subir el árbol sin tocar las plistas, pero empujar al otro para que unte. Es asqueroso, lo sé, pero vale la pena por ver a mi hermano con el cachete o la mano llena de caca fresca. O gallinaza, como le dicen. A mí me suena que gallinaza es la esposa del gallinazo que se come los animales muertos, becerros, perros y ovejas, que la gente tira de camino al pueblo. Lo gallinazos hacen un buen trabajo, y dejan todo limpio. Pero mientras logran su cometido, todo huele a carne podrida.

Las gallinas, cuando mueren terminan en alguna olla, hechas sopa con papa, cebolla larga, cilantro, arracacha y plátano. A mí no me gusta comérmelas, porque siento que entre más las visito, somos mejores amigas. Me parece que nos estamos conocimiento mejor cuando las miro y puedo intuir que están coloradas porque acabaron de poner un huevo, y cuando reviso los nidos, así es. Nadie lo sabe, pero estoy a punto de que me revelen cómo son sus sueños de gallina. Quiero saber la historia de la gallina de los huevos de oro, que seguro fue una situación (¿vergonzosa?) que le pasó a una tatarabuela gallina, y que por decisión de la señora Naturaleza, no volvió a suceder. Obviamente, quien quiere un huevo de oro cuando puedes tener un lindo pollito, o hacer un huevo frito y crocantico con arepa.

Aunque muchos no lo sepan, el oro no quita el hambre.



La trenza mágica

De regreso a casa, le recuerdo a mamá que prometió comprarme un hilo para reparar mi collar de frijoles. En la tienda escojo uno rojo, que me encanta. La tienda queda en el inicio de la montaña que sube a nuestra casa.

Montar bicicleta en subida es el mayor desafío. Me canso y las piernas me tiemblan. Cuando veo que mi hermano menor me pasa, me da muuuuucha rabia. ESTO NO ES UNA COMPETENCIA, le grito, pero me obligo a pedalear a máxima velocidad para alcanzarlo y ganar la carrera. Aunque me esfuerzo mucho, cada vez voy más despacio hasta que pierdo el equilibrio y me caigo. Pero la fortuna está de mi lado, porque él también se cae. Mi reputación está segura, aunque siento que mis piernas a veces me traicionan.

Mamá, que después de muchos intentos, ya no se cae, nos espera y cada uno camina con su bicicleta al lado. Apenas toco la casa, me siento morir. Tengo dolor en una canilla porque me pegué con uno de los pedales y no quiero hablar con nadie. Al menos tengo el hilo rojo conmigo.

Antes de empezar la reparación, se me viene una imagen a la cabeza. Hace varios días, descubrí unas semillas que las había perforado un gorgojo. El gorgojo hace un trabajo todavía mejor que el taladro pequeño, así que, a lo mejor, puedo usar esas semillas como cuentas en mi collar. No recuerdo donde las vi. Primero las busco entre los frascos que tiene mamá en el mueble de madera. Cilantro, caléndula, fríjoles y arvejas, brócoli, romanesco, girasol, mostaza, maíz morado, maíz amarillo, maíz negro, tomate cherry. Todos los frascos tienen el nombre de la promesa que serán cuando se siembren, cuando se haga la magia bajo la tierra. Pero ninguno tiene las pepitas que busco.

Reviso entre la lata de botones. Tampoco hay rastro, pero se me ocurre que puedo hacer un collar que mezcle los frijoles con algunos botones que parecen mariquitas o rinocerontes. Saco mis frijoles perforados del bolsillo de la jardinera y me pongo a tejer. Semillas e insectos. Al rato se me viene otra idea: con pañolenci y silicona fría, puedo hacer hojas y flores. Mi collar se transforma, ahora se parece más a una trenza, con todos los colores de la tierra, con mariquitas y rinocerontes, gallinas, árboles de flores amarillas y otros de hojas naranja.

Sin darme cuenta, se me va la tarde recortando y haciendo figuras. Mamá se asoma y dice que ya es hora de dormir, que tengo que ir recogiendo. Dos minutos, respondo.

Una hoja por aquí, otra semilla por allá, un botón más adelante, hilo rojo, un cascabel.

Al final voy donde mamá para que me haga un nudo. Ella decide ponerle una mariposa para que sea más fácil ponerlo y quitarlo.

Ahora sí.

Está listo.

Me miro en el espejo. Es como si llevara una enredadera en el cuello.

Me parece que los animales están vivos y las semillas lucen como piedras preciosas. Sonrío y también mi mamá. Estoy orgullosa. Ahora sí creo que lo mejor que pudo pasar fue que se rompiera el collar. Papá tenía razón, reparar objetos tiene mucho sentido.

Las semillas de fríjol son muy hermosas, es una lástima que no tengamos más para sembrar en la huerta.

Entonces recuerdo, esas otras semillas que tomé de la mesa. ¡¡¡Sí tenemos mami!!!!

Pero solo te daré las semillas si cuidamos nuestra huerta de verdad, mamá, le digo muy seria.

La cuidaremos entre todos y cuando crezca la planta podremos subir hasta el cielo y visitar al ogro que vive allá.





Abono

La profe de artística dice que vamos a hacer compost con los residuos de la cocina de la escuela. Dice que eso también es una obra de arte, y que el arte no tiene que ser bello, sino que puede romper esquemas, mostrar lo desagradable, generar preguntas, transformar los espacios, subrayar un proceso de descomposición.

De nuevo, todos hacemos cara de pregunta.

Entonces vuelve sobre lo mismo y dice, el arte también sirve para transformar, no solo para hacer manualidades o cuadros. Por eso, haremos en nuestra clase de artística, el compostaje de nuestros residuos orgánicos, que se van a descomponer y van a transformarse en tierra fértil.

Tomaremos fotos del proceso y mostraremos una exposición final de las mismas, con una muestra de la tierra, que usaremos para la huerta ecológica de la escuela.

El proceso no necesariamente es bonito, de hecho, puede oler y sentirse asqueroso o baboso, pero el resultado final, será mágico. Piensen que cuando una persona muere, su cuerpo también se descompone y se transforma en tierra gracias a los microorganismos. Primero los músculos y los órganos internos y después los huesos. A éstos les toma más tiempo porque los huesos son como las rocas del cuerpo. ¿Alguna vez han visto una roca descomponerse? Claro que no, porque les toma tantos años, que en nuestra vida no podemos verlo.

Aún tengo preguntas, pero creo que entiendo lo que dice.

Para la siguiente clase, nos pide que traigamos boñiga, ceniza, melaza y cascarilla de arroz. Los residuos que usaremos serán los de la cocina de la escuela, y el material seco lo tomaremos de la poda del pasto.

Días después, todos estamos afuera mezclando boñiga con ceniza. Es chistoso, pero parece que la caca y la panela son la clave del éxito. Eso es lo que comen las lombrices de mamá y con eso también he visto hacer otros preparados. La profe de artística dice que la boñiga, es como brownie con extra de chocolate para los microorganismos. Es una carrera circular, nos explica, la vaca se come el pasto y lo defeca, los microorganismos que viven en la tierra se comen la caca y las plantas absorben los nutrientes del suelo que se nutre con esos microorganismos que comieron brownies. ¿Entendieron? Más o menos, pero ahora tengo ganas de alimentar mis propios microorganismos de la panza con un buen pastel.

Cuando terminamos de mezclar la ceniza con la boñiga, añadimos melaza a la prepa-

ración. La melaza es tan pegajosa, hay que diluirla un poco en agua para poder usarla. Esto será energía para los microorganismos, que son como los protagonistas invisibles de toda la historia del abono. La melaza huele a panela y sabe a panela, pero un poco más amargo. Lo sé porque metí el dedo antes de compartirlas con las lombrices un día, sin que me vieran.

Con mis manos puestas en la preparación, amaso con movimientos circulares. Danna y yo jugamos a que hacemos un delicioso pastel de moras silvestres y papayuelas meladas. Somos reposteras y venderemos nuestros postres y panes, en un mostrador que tenga enredaderas y semillas, para decorar, y usaremos collares que hagan juego, hechos por nosotras mismas.

Un grupo de chicos de quinto está levantando el pasto con un azadón, mientras nosotras hacemos la caca-mezcla con otras chicas de segundo y el grupo de preescolar. Mi hermano no quiere untarse, así que se escabulle a jugar con los carritos que trajo al escondido. No lo delato, aunque a veces quisiera, especialmente cuando peleamos. Los chicos terminan de levantar el pasto y queda la tierra desnuda. ¿Por qué hay que quitar el pasto?, pregunto. ¿Será que vamos a enterrar los residuos, como se hace con los muertos? Casi, dice la profe. Vamos a cubrirlos para que se descompongan mejor, pero levantamos el pasto para que les sea más fácil a los microorganismos, venir a disfrutar la delicia de comida que les vamos a dar.

Cuando la tierra está lista, ponemos una capa pasto seco, luego los residuos de la cocina que, en efecto están babosos y fermentados y tienen coronas de piña, cáscaras de plátano, tomates dañados, restos de arroz que algunos no se comieron, cáscaras de huevo, cuchos de tinto y creo que también vi una guayaba. Encima de estos residuos, ponemos mi mezcla ganadora. Imagino que es como entrar un pan al horno, que luego se cubre con más pasto, para que caliente la preparación. Antes de terminar, Tania y Esteban toman fotos del paso a paso, con el celular de la profe. Yo quiero tomar una, pero tengo las manos asquerosas, así que no me dan el chance. Al final, protegemos el compost con plásticos y piedras para que los perros de la vereda no vengan a destruir todo nuestro trabajo. El horno aumentará su temperatura, a medida que vaya creciendo en cantidad, y al final, tendremos un pastel enorme de tierra rica en nutrientes para sembrar y abonar nuestros árboles de la escuela.

Me ofrezco para lavar la caneca, junto a otras chicas y chicos mayores que yo. Hace sol y todos estamos tan contentos. No sé si es el compost, el calor, el hecho de estar fuera del salón o todo junto, pero sin darnos cuenta cómo, iniciamos una pequeña guerra de agua. Matías salpica a Mariluz, ella agarra un vaso y está lista para lanzarlo, pero cae cerca de la cara de Geraldín que se quiere vengar y toma agua con sus manos y la salpica, pero también nos cae a Samuel y a mí. Estamos listos para cobrar venganza cuando la profe nos para de un grito. Todos quedamos petrificados con los pelos de punta y las carcajadas atoradas.

Tengo la ropa un poco mojada, pero no me importa. Apenas terminamos el compost, sigue el descanso y corremos por toda la cancha, jugando a las atrapadas. Al rato llega el señor de las empanadas, y compro una para compartir con mi hermano. Nos sentamos a comer en la montaña de la escuela, y tomamos agua fresca.

A lo lejos se ve un bosque, unas vacas y muchas casitas. Más abajo, aunque no se ve



desde aquí, está el río que nunca para de moverse. La empanada está deliciosa. Las hace la mamá de Fredy, el señor que las vende, y les pone mucho arroz y arvejas.

Se me ocurre que jugar es una obra de arte. Todo el tiempo nos vemos sonrientes y colorados, y aunque no nos descomponemos, sudamos hasta quedar derretidos y mojar la ropa. ¿Será que la Naturaleza misma es una obra de arte también? Una que no para de jugar. Se llena las patas de polen, hace que los troncos de los árboles suenen como las puertas de los duendes, se rueda por las cascadas y hace espuma con su caída. La Naturaleza es la mayor obra de arte que existe, y todos los seres que están en ella son como puntos en movimiento que de lejos se ven quietos, pero de cerca, son puro baile y escondidas.

Hoy papá viene por nosotros al colegio. Bajaremos al pueblo, porque tenemos que ir a mercar. Nos montamos en el bus que pasa enseguida y dejamos las bicis que pasen la noche en la escuela. Me quedo callada mirando hacia afuera. Estoy cansada y tengo hambre. Me pregunto dónde estará el señor Tiempo, que ahora pasa lento como un caracol, burlándose de mi cara pegada contra la ventana del bus.

A lo lejos se ve un tractor enorme levantando la tierra, para construir una nueva casa. ¿Cómo sería el campo antes de los tractores? ¿Antes de las planchas de cemento, de los venenos que impregnán el aire, antes de que las semillas perdieran su memoria y los páramos fueran destruidos?

Un grupo de pájaros se para en las cuerdas de la luz. Bailan y luego regresan al mismo sitio, como si fueran una y otra vez al árbol que alguna vez estuvo allí, como si tuvieran una memoria antigua que los hace regresar al mismo sitio. ¿Dónde estará la memoria escondida, que nos ayude a recordar la Tierra que somos?

En el pueblo, mamá nos espera con una sonrisa. Dice que puso a germinar los fríjoles que le di y que ya están naciendo algunos. Está feliz, por fin siente confianza en esta nueva siembra. Después de tantos intentos fallidos, su alegría es contagiosa y me parece que salta de purita emoción.

Pienso que los microorganismos que viven en el compost deben estar en pleno baile, con toda la comida que les dimos, el amor que le pusimos a nuestra preparación, la melaza y la ceniza, el poder de nuestras manos. Entonces le propongo a mamá que hagamos nuestra propia fiesta para celebrar que la nueva huerta ya pronto estará lista. Invitaremos a nuestras vecinas, a los amigos del colegio, y a todos los que quieran venir a compartir y traigan empanadas, pasteles y guarapo.

Todos sonreímos. Mi hermano hace un baile para celebrar nuestro evento. Aunque aclara, Yo quiero pastel de chocolate, pero de verdad, no brownie para bichos.

Habrá de los dos, dice mamá, y le toma entre sus brazos.

Estoy tan feliz que me da nostalgia. Quisiera que este día durara para siempre.

Epílogo

Las gallinas la están pasando mal y se han muerto varias. En su desespero, mamá buscó a un experto y él dijo que, para las gallinas no es fácil salir del concentrado, mucho menos cuando han sido criadas con eso desde pequeñas. Mamá estaba triste y aceptó que tenían que comprar nuevamente. - No puedo creer que haya invertido tanta energía en esto, para venir a enterarme ahora que no se les puede cambiar la comida totalmente, la escuché decir con la voz quebrada. Esta vez fue Gustavo quien la animó. Le dijo que no se rindieran, que podían combinar los dos tipos de comida y que, eso ya sería ganancia. Tienes razón, dijo ella y yo le pasé la mano por el pelo para consolarla, como también me hace ella.

A veces el camino no es fácil, dice papá. Pero se aprende mucho reparando objetos, así como se aprende mucho haciendo cambios que vengan bien. Es un camino largo, pero al final vale la pena porque la vida siempre vale la pena.

Yo los miro. Escucho a mi hermano jugando afuera y me voy a decirle ¿Sabes que la vida siempre vale la pena? - De qué me hablas, dice él.

De nada, respondo sonriente.



Glosario

Humus: Humus es la palabra latina que significa “Suelo” o “tierra”. El humus es la materia orgánica que se crea con todos los organismos y bichos que viven en la tierra. Pero esos animalejos no solo viven ahí, sino que se alimentan del suelo y lo transforman en sustrato vivo. (Si... el superpoder de su caca mágica). Una característica importante del humus es que actúa como una esponja que puede absorber hasta un 90% de su peso en agua. El suelo que no tiene humus es más vulnerable a la sequía, al déficit de nutrientes y a la erosión.

Agroecología: Es una práctica de agricultura que se basa en la biodiversidad, el conocimiento del territorio y sus ciclos, y que ha sido practicada por los campesinos y las campesinas del mundo desde que los humanos comenzaron a cultivar. Antes no tenía este nombre, pero ahora se llama agroecología para diferenciar la práctica de la agricultura industrial, en donde no hay diversidad y los cultivos se protegen con fertilizantes artificiales y plaguicidas que contaminan el aire, el agua y no nutren el suelo. En la agricultura industrial los microorganismos del suelo se mueren y ya no tienen sus poderes.

Semilla: Las semillas son las partes vegetales que usan para propagarse. Ellas contienen el embrión que puede desarrollarse en una nueva planta bajo condiciones apropiadas. Las semillas son el final del ciclo de una planta, pero también el origen de una nueva. También son alimentos y hay de muchas variedades, colores y sabores. Algunos dicen que el origen del mundo está contenido en una semilla.

Frailejón: Son plantas *Espeletia* conocidas como frailejones, nativas de Colombia, Venezuela y Ecuador. Estas plantas tienen normalmente solo un tronco, que es grueso, con hojas gordas y peludas que se van enrollando como un espiral en la parte superior del tallo. Además, las hojas muertas, en lugar de caer al suelo, permanecen en el frailejón protegiéndolo. Estos trucos de la planta son resultado de muchos años pensando cómo superar las difíciles condiciones climáticas en las que ha prosperado. Los frailejones absorben el agua de las neblinas y así la conservan, lo cual es muy importante en los páramos. Su crecimiento es lento, muy lento, solo un centímetro por año.

Alimento Concentrado: Son alimentos deshidratados que se ofrecen a los animales como una solución que cumple con todas las necesidades nutricionales de cada especie. Sin embargo, su preparación normalmente tiene grandes cantidades de grasas saturadas y alimentos de baja calidad nutricional. Además, para hacer estos productos se requiere mucha energía, agua y se liberan gases contaminantes al aire. Los alimentos concentrados no existieron desde siempre, antes se les daba a los animales comida natural o verdadera comida, como dice la señora Etelvina, que se producía en las casas o fincas. Pero con el tiempo, la industria de los concentrados prosperó y se convirtió en la alternativa principal para quienes crían animales.



FIN

